

SECCIÓN PLURITEMÁTICA

De agresividad y violencia en la adolescencia

*Silvia Flechner**

Pensar la agresividad y la violencia en la adolescencia, implica tomar en cuenta sus múltiples sentidos, que van desde la sana afirmación del espacio propio frente al otro, hasta la repetición de vivencias traumáticas violentas donde se incluyen situaciones tales como la violación de los límites espacio-temporales así como los corporales.

Capturado por las transformaciones corporales, así como por los cambios en relación al lugar que ocupa dentro de la familia y la sociedad; expuesto a la invasión de excitaciones internas y externas, el adolescente muestra la complejidad de su organización psíquica y los riesgos posibles de descompensación mental.

La agresividad y violencia en la adolescencia, son solo una de las variadas situaciones que convocan y provocan en nosotros la búsqueda inquietante de respuestas a interrogantes que desde la teoría y la clínica nos impiden quedar indiferentes cuando hacemos referencia al devenir adolescente.

Agresividad y Violencia: un recorrido posible

Hablar de agresividad y violencia en el adolescente, nos lleva

* Miembro Asociado de APU. Vázquez Ledesma 2993-901. E-mail: sflech@chasque.net

ante todo a considerar el orden humano, el cual es de por sí violento. Un primer interrogante se nos plantearía en relación al uso del término violencia: ¿cómo emplearlo en la clínica psicoanalítica con adolescentes?

Las actitudes individuales o colectivas que los analistas denominamos habitualmente “violentas” corresponderían en gran medida a lo que Freud ha definido como aquello que se constituye como propio de la agresividad, o sea la mezcla pulsional realizada secundariamente a partir de los dos grandes dinamismos de base. En *Tótem y Tabú* (1913), Freud afirma que una tendencia natural a matar está presente en todos los individuos en los orígenes del inconsciente.

Con respecto al término agresión, el Diccionario de Laplanche y Pontalis (1981), define el término agresividad como “la tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas dirigidas a dañar al otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva... «El psicoanálisis ha concedido una importancia cada vez mayor a la agresividad, señalando que actúa precozmente en el desarrollo del sujeto y subrayando el complejo juego de su unión y desunión con la sexualidad». Esta evolución de las ideas ha culminado en el intento de buscar para la agresividad un substrato pulsional fundamental el cual Freud conceptualiza finalmente en su noción de pulsión de muerte.

Dirá Laplanche que en la medida en que Freud tiende a situar del lado de Eros todo lo perteneciente a los comportamientos vitales, invita a preguntarse qué es lo que define el comportamiento agresivo; un elemento de respuesta puede proporcionarlo el concepto de intrincación-desintrincación pulsional.

Este significa no solo la existencia de ligazones pulsionales en diversas proporciones, sino que comporta además la idea de que la desintrincación es, en el fondo el triunfo de la pulsión de destrucción, en cuanto ésta se dirige a destruir los conjuntos que, a la inversa, el Eros tiende a crear y a mantener. Desde este punto de vista, la agresividad sería una fuerza radicalmen-

te desorganizadora y fragmen-tadora.

En *Tres Ensayos* (1905), Freud invoca por primera vez la pulsión de apoderamiento, refiriéndose a que en su origen no tendría como fin el sufrimiento del otro, sino que simplemente no lo tendría en cuenta.

Antes de 1920, el término agresividad está prácticamente ausente en la obra de Freud, posteriormente a ello, con la teorización sobre la pulsión de muerte, se vislumbra la idea de que la agresividad se vuelve primeramente en contra del sujeto y permanece por así decirlo estancada en él, antes de ser deflexionada al exterior (tesis del masoquismo primario). En 1920, en *Más allá del principio del placer*, Freud afirmaba la existencia de un dualismo pulsional desde los orígenes de la sexualidad y la teoría de la intrincación y desintrincación de las pulsiones parece fundamental para comprender la agresividad.

Estas características han sido subrayadas por autores como M. Klein quien insiste en el papel predominante desempeñado por las pulsiones agresivas desde la primera infancia. Según M. Klein, las tendencias criminales existirían en el niño normal precozmente, en los fantasmas del estadio sádico oral y sádico-anal (1927). Los autores kleinianos han retomado el estudio de los fantasmas violentos muy precoces y han descrito los miedos de todo niño de ser la víctima de representaciones parentales terroríficas, poniendo en evidencia la propia violencia del niño proyectada sobre los padres en este período. Ellos muestran que la violencia no integrada en el empuje libidinal, puede conducir a actitudes que buscan la destrucción del objeto y que se continúan en el adulto en las tendencias criminales o antisociales. Para M. Klein, el núcleo violento primitivo no desaparece nunca, o se integra a la libido para conferirle su potencia, o bien se integra a una parte de la libido libre para dar nacimiento a la agresividad y al verdadero sadismo.

Winnicott (1984) retomará algunos de los aportes kleinianos planteando su punto de vista con respecto a determinar el punto de origen de la agresión; dirá al respecto: “queremos saber de qué modo un bebé destruye el mundo quizás en una etapa muy tem-

prana de su vida. Es una interrogante de vital importancia, por cuanto el residuo de esta destrucción infantil “no fusionada” puede destruir en forma efectiva el mundo en que vivimos y al cual amamos. En la magia infantil, el niño puede aniquilar el mundo con sólo cerrar los ojos y recrearlo con una nueva mirada y una nueva fase de necesidad”. Aún queda una pregunta pendiente, nos dirá Winnicott: ¿conocemos el origen de esta fuerza inherente al ser humano, que sustenta la actividad destructiva o el sufrimiento equivalente cuando el individuo se autocontrola? Detrás de todo esto encontramos la *destrucción mágica*, normal en las fases más tempranas del desarrollo del bebé y que corre paralela a la creación mágica. La destrucción primitiva o mágica de todos los objetos tiene que ver con el hecho de que para el bebé los objetos cambian: dejan de ser “parte de mí” para convertirse en algo “distinto de mí”, ya no son fenómenos subjetivos, sino percepciones objetivas.

A. Green (1990) dará un paso más en relación a la opinión de Freud afirmando que la oposición entre Eros y las pulsiones de destrucción no se limita a connotar al primero por la ligazón, y a las segundas por la desligazón. Dirá: “En realidad, creo que sería más certero suponer que el Eros es compatible con la ligazón y la desligazón imbricadas o alternadas, pero que las pulsiones de destrucción son pura desligazón”.

A su vez, planteará una pregunta fundamental ya formulada por Freud (1915, *De guerra y muerte*): La violencia ejercida por el sujeto, ¿es ella esencial, primitiva, intrínseca o no es más que uno de los destinos posibles de otra fuerza que se ejercerá sobre el mundo y sobre el prójimo?

Para Green (1995), lo que caracteriza el aspecto específicamente humano de la violencia es su negatividad, lo cual implica una forma de violencia en la cual por decreto de inexistencia puede destruir al objeto.

Reducir un objeto a nada desconociéndolo, ignorándolo, es la forma de asesinato perfecta que conduce al otro a la desaparición. Green explicita así que la violencia debe ser concebida bajo el ángulo de la fuerza, una fuerza sorda, constante que hace pre-

sión en el seno del psiquismo para obtener satisfacción.

El término violencia sólo es usado por Freud en su escrito ¿Por qué la guerra? en su respuesta a Einstein (1932) refiriéndose más bien a una tendencia inherente al ser humano, mientras que en *Tótem y Tabú* (1913) sitúa una violencia originaria como fundante: violencia del padre primitivo todopoderoso sobre los miembros de la horda pero también violencia de los hermanos por desembarazarse del tirano e instaurar una sociedad basada en el totemismo y la exogamia.¹

Otros autores tales como Bergeret, (1994) retoman el concepto de Freud sobre la violencia natural primitiva, planteando el concepto de “violencia fundamental”. Para este autor, el término “violencia” connota de forma más precisa, la idea de un instinto natural, brutal, destinado a la defensa de la vida. Del punto de vista etimológico, el término “violencia” proviene del latín *violentia* que él mismo deriva del radical indoeuropeo que ha dado origen en griego al término *bios* y en latín al término *vita*. Esta etimología la inclina el autor a una orientación esencial en dirección de la vida. Los términos brutalidad, vehemencia, impetuosidad, cólera, lucha, combate, podrían ser más convenientes, pero no responden a una etimología que pone por delante un ostentoso esfuerzo para mantenerse vivo. Para Bergeret, los sustantivos odio o agresividad no pueden ser utilizados en razón de dar cuenta de la implicación libidinal que les comporta. Se tratará entonces de una violencia fundamental independiente de la agresividad así como de la sexualidad.

Uno de los importantes problemas que se nos plantean estaría dado por el hecho de que la acción pura y exclusivamente violenta, o sea, aquella que básicamente no atenta contra el otro,

1 Según Bergeret, el término violencia fue poco utilizado por Freud ya que implicaba tener que reconocer una diacronía pulsional, la cual hubiese cuestionado el “monoteísmo” libidinal que opone los antagonismos sincrónicos (sincronía pulsional: pulsión de vida –pulsión de muerte) y no como un dinamismo original, previo e indispensable en plena apertura progresiva y diacrónica de los dinamismos libidinales. De allí que Freud optó por el rápido deslizamiento hacia los derivados libidinizados de la violencia: agresividad, odio, sadismo

aún cuando los daños sobre el otro demuestren ser serios, según la hipótesis de Bergeret, sería frecuentemente difícil de distinguir de la acción agresiva; esta violencia fundamental no tomaría en cuenta la ambivalencia, no connotaría ni amor ni odio, se situaría como preambivalente. La agresividad en cambio, intentaría perjudicar o eventualmente destruir al objeto. La violencia fundamental se interesaría ante todo por el sujeto, su conservación. A partir de 1920, siguiendo a Freud, la agresividad derivará de la pulsión de muerte y no podrá ser captada, más que en su unión con la sexualidad.

Violencia es también el abuso de fuerza y su sentido en latín indica una “fuerza irresistible”. Del punto de vista psicoanalítico la etimología del término revela una gran importancia para comprender su sentido. En este caso el análisis del término parece conducirnos hacia sentidos que podrían tomarse como opuestos: la fuerza vital y el abuso de la fuerza que podría conducir a la muerte.

R. Misés (1984) toma una posición diferente, planteando que la violencia no es “fundamental”, sino ligada al sistema pulsional y aparece correlativamente a su desligazón.

Green (1990) nos recuerda que una cierta violencia es inherente a todo movimiento pulsional y que toda pulsión es potencialmente violenta. Nos aclara también que la violencia puede tomar significaciones diversas: de la violencia de sobrevivir, derivada de las pulsiones de autoconservación y cercana a esta violencia fundamental que señala Bergeret, a la violencia matricial o narcisista y sobre todo la violencia desobjetalizante que implica una imposibilidad de identificación con el objeto y un deseo de muerte psíquica de éste.

Estos elementos nos sirven para comenzar a preguntarnos acerca del propio término violencia: ¿ha devenido éste en un concepto psicoanalítico?

La imposición de un sentido llevado a cabo por la madre sobre el bebé, llevó a Piera Aulagnier (1977) a un notable desarrollo metapsicológico con su concepto de violencia primaria, usado en el sentido de instituir al bebé como sujeto al irrumpir en

su espacio psíquico en el momento de encuentro con la voz materna. “El fenómeno de la violencia tal como lo entendemos aquí, remite en primer lugar, a la diferencia que separa un espacio psíquico, el de la madre, en que la acción de represión ya se ha producido, de la organización psíquica propia del *infans*.”

Las distintas acepciones que adjudicamos a este término podrían llevarnos a otro cuestionamiento: si la violencia se caracteriza como privadora de libertad, coaccionadora en el uso de la fuerza, ¿cómo usarla para designar una acción fundante en el establecimiento de un espacio psíquico?

Esto nos llevaría a pensar que distinguir los términos violencia de agresividad, puede, en muchas ocasiones, crearnos un problema, produciéndose un cierto borramiento de sus bordes lo cual los haría menos diferenciables, debido a la dificultad que nos crea su ubicación en la clínica. Este trabajo que podemos realizar, al menos parcialmente, al teorizar sobre estos conceptos, nos remite a una situación bastante oscura cuando nos aproximamos a la clínica, ya que ésta nos convoca a tener en cuenta una y otra vez que es sobre la doble trama, narcisista y objetal, sobre la cual se irán entrelazando también estos conceptos a los que hacemos referencia.

El actuar en la adolescencia

La experiencia nos demuestra que el actuar en la adolescencia es una característica, así como lo es el juego durante la infancia o la comunicación a través del lenguaje en la edad adulta. Podría ser considerado como un fenómeno típico de la adolescencia.

Si bien la condición adolescente favorece el actuar, no toda actuación adolescente connota un riesgo, nos referimos en este caso a aquellas actuaciones que por sus características connotan un peligro que muchas veces pone en riesgo la propia vida.

El actuar se aparta de la vía de la renuncia dirigiéndose en busca de la satisfacción inmediata, dejando así suspendidos los

parámetros espacio-temporales en lo que atañe a la representación. La capacidad de espera, necesaria para generar la ilusión, se vuelve incontrolable y la descarga motriz se hará presente.

El trauma precoz puede ser considerado como un prerrequisito para el actuar en la adolescencia, pero éste no es específico, sino que habrá que tener en cuenta otros componentes cuando nos referimos al actuar agresivo o violento. Si el proceso adolescente se define como el arte de “volverse uno mismo”, trabajo de subjetivación (Cahn, 1991), de identificación (Kestemberg, 1999), de identidad (Laufer, 1984), la violencia se posicionaría, entonces, como un impedimento - por coacción - para volverse justamente uno mismo, oponiendo acto a representación.

La ausencia (de límites, de madre suficientemente buena) dejará en evidencia las fallas narcisistas sucedidas por las dificultades precoces en el establecimiento de la relación de objeto. El trabajo psíquico es entonces rechazado, porque puede hacer resurgir el sufrimiento y revivir aquellos primeros momentos donde predominó la ausencia.

Las decepciones consecutivas, por profundos sentimientos de pérdida y aislamiento vividas precozmente, las dificultades identificatorias, la pobreza en el proceso de simbolización, llevan a la predilección por las manifestaciones volcadas hacia el mundo externo, expresadas por medio de la actuación en detrimento de la elaboración mental. A través de estas actuaciones puede darse el riesgo de ruptura con la realidad. Desde algunos ángulos, el mundo externo aparece para el adolescente, como imagen en espejo de su realidad interna, con sus amenazas y conflictos pero experimentada como externa.

Cuando la realidad interna queda excesivamente desbordada, podemos encontrarnos con situaciones que llevan al adolescente a lo que damos en llamar el pasaje al acto con la singular característica de una inversión del movimiento pulsional sobre la persona propia (Chabert 2000). Esta inversión es determinada por los movimientos de odio dirigidos contra los objetos, hacia la figura materna, aún cuando a nivel manifiesto, es el adolescente el agredido, generalmente a nivel corporal por acciones

autodestructivas. Estas acciones condensan la experiencia violenta de una agresividad que despedaza y que junto con la culpa agregada, configurarán un cuadro intenso y desbordante.

La transformación

El advenimiento del cuerpo sexualmente maduro, marca el fin de la infancia. Este descubrimiento de la genitalidad, implica un movimiento fundamental de “metamorfosis” (retomando el título de *Tres ensayos* de Freud, 1905). Dicho movimiento es siempre excesivo, de finales e inicios - el fin de la infancia, el inicio del cuerpo sexuado - inicios referidos a una experiencia vivenciada en los bordes o límites de un aparato psíquico en tránsito (Maggi – Flechner, 1999). La crisis adolescente caracterizada por un proceso de subjetivación en curso, es un estado de desborde y también límite o aún más, una experiencia de los límites (Gutton 2001). Esta denominación remite a una frontera, un límite que a la vez separa y une y que a través de los equilibrios y desequilibrios sucesivos, de su permeabilidad relativa, logra abrir una brecha, un nuevo espacio para interiorizar aquello que adviene desde su exterior corporal.

La inquietante extrañeza (Cahn,1991) se sitúa en ese punto límite que a veces provoca la ruptura, siendo otras veces virtual o pasajera, y en ocasiones podrá convertirse en el punto de partida de una catástrofe entre las cuales incluimos también la violencia hacia el afuera o hacia sí mismo.

Extraño a sí mismo, el adolescente tendrá que inventar e inventarse (sus elecciones, sus mitos personales, su sistema de valores, sus puntos de referencia) la elección de su manera de ser - la pregunta de “quién soy”, que sustituye a la pregunta de “qué me está pasando” propia de la pubertad, que a veces puede responderla mejor en relación a “lo que no soy” o “lo que no quiero ser”. Dichas preguntas son altamente valoradas, ya que se vinculan con conflictos de identidad, de identificaciones, de valoraciones. Se trataría entonces de un trabajo a realizar, dicho trabajo

articula la representación de sí, que incluye entre otros el par ilusión-desilusión, la reelaboración de sus interrelaciones consigo mismo, con los otros y con el mundo. La salida de este trabajo es función de múltiples factores: identificaciones, relaciones objetales, problemáticas narcisista y edípica en el espacio representativo alimentado por los dos polos extremos constituidos por el inconsciente y el mundo exterior.

La violación de los límites versus la afirmación de los límites

En la relación madre-hijo, es en el registro del pensamiento donde se va a desencadenar una lucha decisiva concerniente a la aceptación o rechazo por parte de la madre para reconocer la diferencia, la singularidad, la autonomía del nuevo ser que ha sido totalmente dependiente de ella para su sobrevivencia. Permitirle esto al infans, dará origen en éste a guardarse sus pensamientos, esto implica tener un espacio psíquico diferenciado del de la madre, donde la posibilidad de un espacio íntimo y secreto sea totalmente viable. P. Aulagnier (1977) ha insistido sobre este punto. Esto instaura una huella, a través de la cual el yo del adolescente debe poder oponerse al poder materno, a que el derecho de preservación de sus pensamientos personales y secretos no sean avasallados.

La violencia en este caso está al servicio del desarrollo de un espacio psíquico propio, secreto. Se trata en primer lugar y particularmente en la adolescencia, de todo aquello que toca a la sexualidad, regida en todas las sociedades por las prohibiciones que se relacionan con la vida sexual y su intimidad. El secreto garantiza la autonomía psíquica y afirma la libertad personal, por lo tanto, ese espacio íntimo, inviolable debería ser preservado para comenzar a crear esa zona de intimidad, generadora de la propia subjetividad².

La violencia se hará presente como una reacción sana del adolescente, cuando se produzca la violación de los límites del

espacio de lo privado – secreto, de los límites espacio-temporales así como también de los corporales. También sabemos que la violencia confiere identidad y genera sentido de pertenencia (como se describe en el caso clínico que trataré posteriormente).

Cuando la violencia viene desde lo cultural o lo social hacia la adolescencia, el hecho violento puede tener un efecto de aplastamiento de la singularidad, provocando un sentimiento de inexistencia impidiendo la socialización a través del miedo y el terror.

En los casos en los cuales se ha padecido una violencia traumática en la historia infantil, la violencia adolescente puede escenificar aquello que se siente que se ha padecido (de allí que tantos casos de adolescentes violentos tengan como base una historia anterior de violencia familiar, vivida en forma dramática), esto implica que la violencia puede entenderse también como una recuperación del dominio a través del padecimiento.

El terror ejercido sobre el adolescente, tanto desde el punto de vista familiar como social, tomado como violación de los límites, se basa en la intensidad del miedo que engendra, manteniendo al sujeto bajo la dependencia y la potencia del otro que lo domina. Esto implicará la ausencia de un espacio donde la inscripción marca sus huellas, es decir que el espacio psíquico se encuentra imposibilitado de recibir aquellas marcas que eventualmente podrían ser introducidas a través de la palabra. El terror se articula entonces a través de un proceso de aniquilación del lugar de la palabra, excluyéndose así la subjetividad.

Lucho, un adolescente en riesgo

Lucho tenía 17 años cuando consultó por primera vez. Su padre le había dado mi teléfono porque decía que hacía varios

2. En un trabajo anterior (1999) resaltábamos que el término “secreto” se asocia con las palabras ligadas a la noción de continente y contenido, así como con la problemática de la retención – incontinencia. La palabra “secreto” proviene del latín *secretum*, participio pasado del verbo *secerno* que significa separar, poner a distancia.

días que no se animaba a salir de su casa. Al papá le preocupó que pudiera perder el año de liceo por faltas.

En su llamado telefónico, en forma ansiosa me pidió que le diera hora para una entrevista en ese mismo día, su voz denotaba una mezcla de simpatía y ansiedad. Le di la hora para ese mismo día, me agradeció y cortó, sin esperar que le diera mi dirección. Volvió a llamar y con tono risueño me pidió la dirección, diciéndome que andaba un poco confundido; más tarde nos vimos.

Llegó a la entrevista a la hora fijada, alto, delgado, de ojos negros brillantes, me saludó muy afectuosamente, como si me conociera. Inquieto y movedizo, noto que tiene dificultades para quedarse sentado.

Comienza a mirar para el consultorio como si estuviera haciendo el reconocimiento de un lugar desconocido y comienza a hablar diciendo:

-Ché nadie nos oye acá cuando hablamos ¿no?, ¿no habrá nadie escondido que nos pueda escuchar?

Le pregunto qué tendrá para decirme que tiene tanto miedo de que alguien lo escuche. Me hace un gesto con la mano típico de quien fuma marihuana y con otro gesto mío le pregunto si también cocaína; Lucho asiente con la cabeza, haciéndome entender con su mano que otras drogas también.

Hasta ese momento nuestra comunicación había sido más gestual que verbal, de pronto se recuesta en el sillón, deja caer sus brazos, estira sus piernas en señal de abatimiento quizás o de haber dicho aún en forma gestual algo que le preocupaba desde hace tiempo.

Luego de unos momentos de silencio comienza a hablar en forma desordenada, cuenta que hace meses que no hace nada, que vive drogado todo el día, que sus padres creen que está estudiando, terminando sexto de liceo pero que ya no puede más.

Repite una y otra vez la siguiente frase:

-Estoy aterrorizado, estoy aterrorizado, pero... ¿cómo sé que puedo confiar en ti? Empecé a pirarme a los doce años con el novopren, ¿lo conocés?, todos los días, todo el día, hasta perder

el conocimiento por un ratito nada más, empezamos porque sí, con unos amigos del barrio, no teníamos nada que hacer, siempre andábamos solos y aburridos.

De su historia relata que tiene padres profesionales y varios hermanos, ha ido siempre a colegio privado, ha sido buen alumno aunque nunca ha estudiado, su apodo es “el loquito”. Me deja en claro que con sus compañeros de liceo no se da, porque sus amigos son los otros:

Mis amigos son los otros, los del barrio, con los que desde los trece años nos la damos con pegamento, cuando fuimos creciendo a los catorce empezamos todos a chupar, a fumar de fumo, ¿entendés? Me despierto, de mañana me hago uno, si no, no puedo encarar, no sabés lo que es levantarte de mañana y sentir el vacío de todo un día por delante que no sabés ni quién sos, ni qué vas a hacer de tu vida y así todos los días. Cuando salgo de casa y me voy a la calle es mejor, me encuentro con los del barrio, a todos les pasa como a mí, algunos se pican, otros tomamos micropuntos (LSD) pero la verdad que no hay como la merca (cocaína), emparrillarse es lo más grande que hay. El problema es que nos metimos en la “merca”. Ahí tuvimos que empezar a robar, la plata no nos daba, a uno de mis amigos lo llevaron en cana la semana pasada, estábamos los dos vendiendo merca y a él lo agarraron, lo metieron en cana. El tiene una madre divina, es lo único que tiene porque no sabe ni quién es el padre, ella lo fue a visitar a la cárcel, yo hablé con ella y me contó que en la cárcel lo violaron, ¿entendés que estoy aterrorizado?

Ante mi pregunta si alguien de la familia tiene idea de lo que le estaba sucediendo responde:

Una hermana mía sabe, porque ella es novia de uno de los de mi barra, es Paco, mi amigo donde nos reunimos a veces, él es el que duerme sobre una mesa porque no tiene cama. Pero mis padres no saben nada, ellos llegan justo a la hora de la cena y lo único que nos piden es que estemos a la hora de cenar, y yo siempre estoy, antes y después de cenar toman el whisky, y se van al

dormitorio o no sé bien qué hacen, porque yo me voy y no vuelvo hasta la madrugada. Ahí empezamos la noche, siempre al borde de que nos agarren, disparando si viene la policía, campaneando mientras uno de nosotros roba la radio de algún auto, es la única forma de sentir la adrenalina en el cuerpo, pero desde que metieron preso a mi amigo me aterroricé, ¿vos sabés qué es eso de que te falte la libertad? ¿Y si encima te violan?, si ya te conté todo esto te cuento lo último, que lo que me terminó de decidir a llamarte y venir es que se me metió una idea en la cabeza, es que de a ratos me quiero matar.

Escuchar a Lucho había generado todo tipo de emociones en mí, transmitía claramente su desvalimiento, su ansiedad, pánico y terror pero sin que yo pudiera sentir que para él estaba yo presente de otra manera que no fuera físicamente.

Su “hacerse uno al levantarse” - me hizo comprender que Lucho sentía que tenía que armarse, juntar-se, cada mañana para comenzar el día. Su fragilidad se expresaba en los riesgos a los que se exponía en relación a su cuerpo así como a su propia vida. La inconsistencia de los vínculos, tanto familiares como sus amistades (adictos, menores infractores, violentos) iban mostrando la lucha de cada día para poder sobrevivir.

Lucho no podía escuchar, no podía recibir palabras, no podía pensar. Por lo tanto, si por él hubiese sido, después de decir todo lo que dijo, se hubiese levantado e ido. Es difícil saber qué lo detuvo, quizás más difícil saber qué lo hizo volver. Lo único que él recuerda de aquellas primeras entrevistas es una frase mía que entendió más bien como un desafío, quizás por eso le quedó en su cabeza, en ella mi voz decía:

A-Tú no me podés escuchar.

Era mi voz porque durante mucho tiempo Lucho no me registraba, no sabía cómo yo era, decía que si me encontraba por la calle no me iba a reconocer, porque al salir del consultorio se olvidaba de mi cara, lo único que recordaba era mi voz, algunas palabras sueltas, “escuchar” era la que le parecía que recordaba. Lucho deja en evidencia su tendencia a actuar y la incapacidad

para escuchar a otro así como también a sí mismo, su incapacidad para pensarse.

Fueron épocas muy difíciles para Lucho, para sostener mi posición de analista, fueron tiempos donde la violencia y la agresividad se delinearon como la única manera de organizar su espacio psíquico, apaciguando así las intensas sensaciones de vacío que él comenzaba a notar. Su agresividad y violencia no tenían un carácter exclusivamente autoagresivo, sino que expresaban también una forma de sentirse, de existir, por lo tanto estaban también al servicio de la confrontación, del intento -aunque fallido- de reconocimiento de sus propios límites. Su yo frágil hacía grandes esfuerzos por no renunciar a su individualidad, tal como dijimos anteriormente; la violencia le confirió identidad y le generó también un sentido de pertenencia.

Es posible, en los inicios de un tratamiento o incluso en la continuidad del mismo, inclinarse por prestar atención a las actuaciones adolescentes, intentando darles un sentido inmediato, que dedicarse en primer término a despejar su función efectiva en el funcionamiento psíquico. Despejando su función, pueden desplegarse las significaciones defensivas de las actuaciones, así como también comprender hacia dónde se dirigen y qué elementos determinan su repetición. La comprensión por parte del analista de este aviso por parte del adolescente, enigmático y confuso, constituye un punto de aproximación transferencial muy importante.

Lucho realiza un pasaje al acto dirigiéndose hacia la satisfacción narcisista y libidinal mortífera. Nuestra experiencia clínica muestra las dificultades para lograr salir -aún en el curso de un análisis- de esta situación, que puede mostrar fuertes tendencias suicidas y homicidas las que terminan un día por manifestarse claramente.

La pregunta que surge sería ¿cómo lograr crear en el adolescente, un espacio que de cabida al pensamiento y por lo tanto permita adelantarse a la acción?

Tomar en cuenta la sintomatología, permitiría integrar dentro del espacio analítico también sus actuaciones, evitando consi-

derarlas como un escollo externo a la vida psíquica del paciente. Las actuaciones violentas y agresivas tienen, como en el caso de Lucho, un carácter de producción psíquica, costosa y dolorosa. Será necesario reconocer los afectos que las alimentan y las representaciones que intentan a la vez evitarse y mostrarse a través de la actuación.

¿Qué demanda el paciente adolescente del analista en estas situaciones tan intensas y riesgosas? Parecería que aquello que se demanda es algo más que las capacidades afectivas o empáticas del analista, también se demanda su funcionamiento mental, esto implicará brindarse de forma tal de ser amado, odiado, idealizado o vivido persecutoriamente, en el intento de instaurar otras bases a partir de un objeto que perdure y no se destruya tan fácilmente frente a los avatares psíquicos del adolescente, lo cual le permitiría entre otras cosas, crear un pasaje diferente a través de la experiencia de presencia-ausencia, evitando en lo posible que las experiencias de separación remitan indefectiblemente a la acción.

El adolescente estará siempre expuesto a situaciones en las cuales la violencia estará presente, si bien ésta es parte del devenir humano. Dichas situaciones recorren un espectro muy amplio que van desde el nacimiento hasta la resignificación en la adultez de situaciones vividas en la infancia y la adolescencia las cuales han quedado como marcas, trazas del psiquismo que podrán haber adquirido o no una significación. El actuar en la adolescencia, el robo, la drogadicción, la anorexia-bulimia, los intentos de homicidio o suicidio, así como también el caso de la tortura y sus efectos,³ nos hablan de situaciones que enfrentamos en nuestro trabajo como analistas en forma frecuente, algunas quedan enquistadas y sus efectos pueden ser vistos en la adultez, hacién-

3. Maren y Marcelo Viñar (1993) dirán al respecto: *El problema de la transmisión y los efectos de la violencia, en el adulto, la experiencia del horror puede ser referida a dos tiempos, un primer tiempo del terror y el horror experimentado física y psíquicamente durante la tortura como demolición, cuya salida recorre caminos inéditos en la experiencia personal y un segundo tiempo, tiempo de la palabra catártica primero y luego del relato más elaborado, cuya capacidad de resignificación a posteriori y de elaboración depende estrechamente de la calidad de la recepción de*

dose presentes en los inicios de análisis con la intensidad y fuerza de un acontecimiento actual.

Tomando el ejemplo clínico que nos muestra algunos aspectos sobre la agresividad y violencia, así como el actuar adolescente, planteamos la posibilidad de que sea la situación analítica la que nos abra un campo para que la simbolización en el adolescente pase a ser una puesta en acto, es decir, un acto de simbolización (Cahn 1991). Es en este acto donde el analista jugará y se jugará con el adolescente la posibilidad de apertura de un espacio psíquico destinado a cederle el lugar al pensamiento y su puesta en palabras, cuando los procesos de discriminación y simbolización han sido insuficientes.

Es ante todo una experiencia de intimidad que el propio encuadre analítico le brindó a Lucho, para contribuir a la apertura de ese espacio psíquico que fue muy lábil en el transcurso del análisis. Fue a partir del encuadre, de los aspectos transferenciales y contratransferenciales, desde donde pudo generarse dicho espacio para comenzar a hablar de sus secretos, exponerlos, lo cual significó dar acceso a lo más íntimo de sí mismo. Confiar un secreto es ya de por sí confiar en el otro, hacer confianza en la figura del analista, sabiendo que nada de lo que se confía se hace sin afecto. Aquello que es dicho, deviene secreto compartido con otro (en este caso el analista), sellando un compromiso. Quien revela un secreto sin el acuerdo del sujeto, comete a su vez un acto de violencia. De todas formas será tarea del analista el evitar quedar atrapado como destinatario de una relación interpersonal, sabiendo que no es el depositario de las palabras enunciadas, sino que son dichas más allá de sí. Será la forma en que el analista se permitirá expresar las palabras de la interpretación, aquellas que harán surgir un secreto totalmente diferente, aquel del inconsciente.

los otros – amados. Cómo se recepciona el sufrimiento, el dolor y la palabra que puede dar cuenta de estos afectos, determina en gran medida el modo de elaboración. Casi nada del amor y de la bondad humana común y corriente podrán tener la calidad e intensidad necesarias para poder contrarrestar el monto de horror sufrido. Solo un largo trayecto permite restaurar (y tal vez sólo parcialmente) la confianza en la bondad del otro humano.

Para concluir

Tal como decíamos al inicio, pensar la agresividad y la violencia en la adolescencia, implica tener en cuenta sus múltiples sentidos, que van desde la sana afirmación del espacio propio frente al otro, hasta la repetición de vivencias traumáticas violentas donde se incluyen situaciones tales como la violación de los límites espacio-temporales así como los corporales.

El proceso de reorganización del psiquismo del adolescente en tratamiento puede ser lento y dificultoso, impidiéndole hacer uso de los procesos propios de la simbolización, dejando abierta la tendencia a la actuación. Dicha actuación puede, entre otras formas, expresarse como agresividad y violencia también a lo largo del tratamiento, dejando en evidencia una fuerza mortífera, potencialmente desorganizadora.

Considerar los actos agresivos y violentos en la adolescencia dentro del marco analítico, implicará poner en marcha intensas vivencias afectivas que no han tenido ni un tiempo ni un espacio para atravesar por los procesos de representación y simbolización. Crear en el tratamiento psicoanalítico ese espacio de simbolización, implica historizar la violencia, siempre y cuando el analista sea capaz de permanecer abierto a los misteriosos y desconocidos secretos del paciente, muchos de los cuales perdurarán como eternos enigmas.

Resumen

La agresividad y la violencia en la adolescencia, implican tener en cuenta sus múltiples sentidos, que van desde la sana afirmación del espacio propio frente al otro, hasta la repetición de vivencias traumáticas violentas donde se incluyen situaciones tales como la violación de los límites espacio-temporales así como los corporales.

Un recorrido a través de diversos autores dentro de la literatura psicoanalítica nos permite interrogarnos acerca de estos tér-

minos y continuar hacia la clínica donde se jerarquiza el actuar, observándose que no toda actuación adolescente connota un riesgo. En este caso hacemos referencia a aquellas actuaciones que por sus características connotan un peligro que muchas veces pone en riesgo la propia vida del adolescente. Se adjunta material clínico, centrado en el actuar adolescente, subrayándose la pregunta acerca de cómo crear, a través del eje transferencia-contratransferencia, en la sesión analítica, un espacio que de cabida al pensamiento y por lo tanto permita adelantarse a la acción.

Summary

About aggressivity and violence in adolescence

Silvia Flechner

Aggressiveness and violence during adolescence imply taking into account its multiple senses which range from the healthy assertion of one's own space as opposed to others, to the repetition of traumatic violent experiences such as the violation of bodily boundaries as well as ones of space and time.

A look through the different authors within psychoanalytical literature allows us to question these terms and continue towards the clinical practice, where acting is ranked above all else, allowing us to observe that not every adolescent act involves a connotation of risk. In this case we refer to those acts which, due to their characteristics, have a connotation of danger, that many times endangers the adolescent's own life. Clinical material is attached, focusing on adolescent acting, highlighting the question of how to create through the axis of transference – countertransference, in the analytic session, a space that allows place to the capacity of thinking and therefore allowing anticipation of action.

Referencias Bibliográficas

AULAGNIER, P. (1976).- "El derecho al secreto: condición para poder

- pensar”. *Nouvelle Revue de Psychanalyse* N°14, Automne.
- BERGERET, J. (1994).- “*La violence et la vie*”. Payot, París.
- CASTORIADIS – AULAGNIER, P. (1975) .- “*La violencia de la interpretación, Del pictograma al enunciado*”. Buenos Aires, Amorrortu Ed.
- CAHN, R. (1991).- “Du sujet rapport”. *Rev. Fr. Psychanal.*, 6: 1371-1390
- CHABERT, C. (2000).- “Le passage à l’acte, une tentative de figuration”. *Adolescence*, Monographie, ISAP,
- FREUD, S. (1913).- “Tótem y Tabú”. Obras completas. Tomo XIII. Amorrortu Editores Bs. As.
- _____ (1915).- “De guerra y muerte, temas de actualidad”. Obras completas. Tomo XIV. Amorrortu Editores Bs. As. p. 273.
- _____ (1915).- “Pulsiones y destinos de pulsión”. Obras completas. Tomo XIV. Amorrortu Editores, Bs. As. p.105.
- _____ (1905).- “Tres ensayos de teoría sexual. La metamorfosis de la pubertad”. Obras completas. T. VII. Amorrortu Editores, Bs. As. p.189.
- _____ (1920).- “Más allá del principio del placer”. Obras completas. Tomo XVIII. Amorrortu Editores, Bs. As.
- _____ (1932).- “Por qué la guerra?” (Einstein y Freud).- Obras completas. T. XXII. Amorrortu Editores. Bs. As.
- GREEN, A. (1990).- “*La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*” Amorrortu Editores. Bs As.
- GUTTON, P. (2001).- “Le sujet aux prises avec la violence pubertaire”. *Adolescence*, Monographie, ISAPII.
- KLEIN, M. (1927).- “Tendencias criminales en niños normales”. En: *Contribuciones al psicoanálisis*. Tomo 2. Paidós, Bs. As .
- KESTEMBERG, E.- “Identité et identification chez les adolescents”. En: *L’adolescence á vif*. Paris: PUF, pp. 7 – 96, 1999.

- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1981).- *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Labor, Buenos Aires.
- LAUFER, M. (1984).- “*Adolescence and developmental breakdown*”. New Haven: Yale University Press.
- MAGGI, I.; FLECHNER, S. (1999).- “Secret de la violence, violence du secret”. *Adolescence*, monographie, ISAP, p. 259 – 271.
- MISÉS, R. (1984).- “Les destins de la violence en psychopathologie”. *Journal de psychanalyse de l’enfant*. Destins de la violence. Gallimard, Paris.
- VIÑAR, M y M. (1993).- “*Fracturas de la memoria*”. Pedro o la demolición, Ed. Trilce, Montevideo.
- WINNICOTT, D.W. (1960).- “*Escritos de pediatría y psicoanálisis*”. Laia editores, Barcelona.
- WINNICOTT, D. W. (1984).- “*Deprivación y delincuencia*”. Editorial Paidós, Buenos Aires.